

se habían contentado con enterrarlo medio quemado, á fin de que los bárbaros no lo profanasen; pero fué en vano, porque estos lo descubrieron, desenterraron é hicieron de él, sobre todo Sesitaco, sobrino de Segesto, indigno ludibrio.

Arminio se apoderó de la cabeza y la envió á Marobodo, en señal de la victoria alcanzada, excitándole á seguir su ejemplo; pero Marobodo se contentó con remitirla á Roma, donde fué colocada en el sepulcro de su familia. El rey de los marcomanos creyó que con la neutralidad aseguraria su poder: quizá sentia tambien celos del de Arminio.

En Roma causó la noticia un verdadero terror, tanto mas cuanto que nadie la esperaba. Llegó cuando cabalmente se celebraba la victoria sobre los ilirios y panonios. El mismo Augusto, cargado ya de años (tenia 72) y atemorizado por ciertos signos ominosos, entre otros la aparicion de un cometa que entonces se veia, perdió su serenidad, y dicen que dió con la cabeza contra las columnas de su palacio gritando: «Varo, Varo, devuélveme mis legiones», y en muchos meses no se cortó el cabello ni la barba en señal de profundo dolor. Su temor era que toda la Germania se alzara en peso contra Roma, que arrastrara á la Galia en el movimiento y cayera toda aquella avalancha sobre la Italia. Pensó en fortificar y guarnecer los pasos de los Alpes, pero faltaron tropas, porque las de Iliria no podían sacarse de allí so pena de hacer nacer la sublevacion que acababa de sofocar Tiberio, el cual cinco dias antes habia llegado con la noticia de la victoria; cuanto mas, que al saber los germanos que aquellas provincias quedaban desocupadas, de seguro habrian aprovechado la ocasion de invadir las y hacer causa comun con los panonios é ilirios.

En la misma capital del imperio se dictaron providencias encaminadas á precaverse de una sorpresa. Las guardias germánicas fueron trasladadas á las islas; los germanos y galos transeuntes, ó mercenarios sueltos, recibieron orden de abandonar la ciudad; se aumentaron las guardias y rondas nocturnas, y se prometieron á Júpiter grandes fiestas en su honor «si ayudaba al imperio á recuperar su prosperidad», cosa que solo se hacia en épocas del mayor terror como cuando la invasion de los cimbro.

Todos aquellos temores eran sin embargo infundados, y tantas precauciones inútiles. Los germanos no pensaban en conquistas, sino solo en defenderse y sacudir el yugo; ni estaban tampoco todos los pueblos germánicos que entonces ocupaban el territorio de la Alemania de hoy, comprometidos en el levantamiento. Por el contrario, los frisonos, sajones y caucos en el Norte, Marobodo, tan próximo á los cheruscos, y probablemente muchos distritos hermanduros eran aliados de Roma ó permanecian neutrales. Tampoco se habia concertado ni imaginado siquiera un ataque comun con los galos ni con los panonios. No estaban los germanos todavía obligados á dilatarse por un exceso de poblacion como sucedió dos siglos despues, ni en estado de asociarse en grandes colectividades ó grupos con un rey á la cabeza. En tiempo de Arminio unia solamente un vago lazo religioso á las diferentes tribus de un mismo pueblo ó raza, que solo se habian asociado excitados por la astucia y habilidad de aquel caudillo, y esto únicamente para el objeto inmediato de sacudir el yugo romano en la orilla derecha del Rhin. Mas allá no pensaba nadie ir entre los caudillos germánicos, á excepcion de uno; solo aspiraban á expulsar á los romanos de la orilla germánica del rio y á destruir sus castillos, atrinchamientos y puntos fortificados: atravesar el Rhin, penetrar en la Galia, llevar á los galos de grado ó por fuerza contra Roma y amenazar la seguridad de Italia, eran cosas en que quizá ni aun Arminio pensó y que ciertamente, fuera de él, no pudieron ocurrirse á ninguno.

Que los romanos, mientras no estuviesen definitivamente aniquilados, querrian, podrian y aun deberian volver terribles á vengar su agravio, siguiendo su política y su sistema invasores, era cosa que no se ocultaba á los menos pensadores; pero los aliados germanos en vez de pasar el Rhin y destruir la base de operaciones de los romanos contra Germania y la dominacion romana en el Nordeste de la Galia, se limitaron á saciar su ira en la destruccion de las obras á orillas del Weser, del Saale y del Ems; tarea para ellos muy difícil y larga, porque no tenian experiencia ni material de sitio. Las fortificaciones fueron defendidas por los destacamentos romanos con tenaz heroismo y disciplina, aumentados por la perspectiva de la triste suerte que les esperaba si capitulaban.

Los catos atacaron y destruyeron la fortaleza del Tannus, hoy Saalburg probablemente, cerca de Homburg, construida por Druso, y las demás obras de defensa desde el Lippe hasta el Rhin. Aliso, la plaza mas fuerte, tuvo que rendirse por hambre; pero el comandante Lucio Cedicio salió por las puertas de noche y se salvó con sus tropas, abriéndose camino al través de los enemigos gracias á una estratagemá; porque hallándose, no se sabe dónde, pero probablemente próximo al Rhin Lucio Asprenas, sobrino de Varo, con dos legiones, mandó Cedicio tocar á sus trompeteros (tubaros) la señal de aproximacion de tropa, con lo cual hizo creer á los bárbaros que se acercaban aquellas dos legiones á socorrer la plaza; y así pudo reunirse la guarnicion de Aliso con las tropas de Asprenas y pasar á tiempo al otro lado del Rhin para mantener en la obediencia la Galia, donde ya se notaban señales de fermentacion.

Se habia generalizado tanto el temor de pelear en las selvas y escabrosidades del país allende el Rhin, con motivo del destrozo del ejército de Varo, que costó muchísimo trabajo encontrar gente que se alistara, ya para la formacion de legiones nuevas, ya para cubrir las bajas de las existentes; y aun admitiendo en el servicio libertos, como ya se habia hecho en Iliria, apenas hubo número para formar dos legiones. A este trabajo y á los demás preparativos dedicó Tiberio toda su energía y tiempo, renunciando á los diferentes honores de triunfo que tan merecidos tenia por sus hechos en Iliria; y luego que pudo, es decir, en el año 10, segun otros el 11, de nuestra era, se puso en marcha á la cabeza de tropas frescas para la Galia, y pasó el Rhin á fin de probar á galos y germanos que estos últimos no habian logrado hacer este rio otra vez frontera del imperio. Entonces fué cuando Ovidio dirigió su plegaria á los dioses, «para que al fin la Germania rebelde bajara afligida la cabeza hasta el polvo ante tan grande capitán.» No obstante desde el hecho de Arminio, ó mejor dicho desde el llamamiento de Germánico, se redujo Roma en realidad á la defensiva, con lo cual empieza un nuevo período para su historia, aunque entonces ni en los años siguientes nadie lo pensara ni lo viera.

Al contrario de Varo, marchó Tiberio con la mayor precaucion, no desmembrando sus tropas ni permitiendo que se relajara en lo mas pequeño la rigurosa disciplina. No se atrevieron los germanos á atacarle en campo abierto; pocos hostilizaron al ejército durante la marcha, y cuando lo hicieron fueron fácilmente dispersados, pues que en todas estas escaramuzas no perdieron los romanos ni un solo hombre.

Tiberio se contentó por su parte con haber llevado otra vez y sin resistencia las águilas romanas al interior de la Germania, evitando que el enemigo avanzara, y despues de reducir á cenizas las chozas abandonadas y las mieses, volvióse á invernar en la Galia.

Quizá son de aquel tiempo las fortificaciones que los ro-

manos construyeron en la orilla derecha del Rhin para la defensa de las comarcas próximas, y que despues formaron parte del cordon fronterizo.

Al año siguiente volvió Tiberio á internarse en la Germania; esta vez en compañía de Germánico, el hijo mayor de Druso, que Tiberio habia adoptado por hijo suyo por orden del emperador; y que en breve hubo de enseñar á los germanos, que el peligro que les amenazaba de Roma solo habia sido apartado momentáneamente por Arminio.

De vuelta á Roma, Tiberio fué nombrado co-regente, y Germánico cónsul para el año 13, y al siguiente año se encargó este último de la Galia y de la guerra, anexa á este mando, contra los germanos. En 19 de agosto del año 14 murió Augusto y le sucedió en el imperio del mundo Tiberio.

La venganza de los romanos se dirigió por lo pronto contra los caucos, establecidos entre los rios Lahn y Mein como mas próximos, y que no obstante los frecuentes escarmientos se habian sublevado siempre de nuevo. Luego tocó el castigo á los marsos, que se suponen ser los sicambros que permanecieron en sus comarcas á la derecha del Rhin cuando sus compatriotas las abandonaron; y finalmente fué atacado el pueblo de Arminio, los cheruscos, como los mas distantes y mas difíciles de alcanzar. A cada uno de estos tres pueblos destinó Germánico una campaña, ocupando de paso cada vez á los otros con diversiones de otros ejércitos, á fin de que no pudiesen auxiliar al que era objeto directo de la respectiva expedicion.

Habianse amotinado las cuatro legiones, en parte de reciente formacion, que guarnecian la Germania Baja, pero Germánico con su prudencia y energía supo ahogar tan peligroso movimiento; y para levantar su espíritu y disciplina llevóselas el año 14 desde Vétera al otro lado del Rhin contra los germanos, despues de haber enviado una parte de las tropas veteranas desde la Germania Alta á la Retia con el pretexto de defender esta provincia contra las invasiones de los suevos. Componian su propio ejército las citadas cuatro legiones, á saber, la primera, quinta, vigésima y vigésima primera, en todo 12,000 legionarios, 26 cohortes de tropas auxiliares y ocho escuadrones de caballeria. Con estas fuerzas atravesó á marchas forzadas la «Selva Césea», y las líneas fortificadas por Tiberio, y estableció un campamento al Nordeste de ellas, perfectamente fortificado por delante y detrás por obras de terraplen y en los flancos por empalizadas, fosos y parapetos, que le sirvió de base de operaciones, desde la cual ejecutó su primer acto de terrible y sangrienta venganza, bien que de una manera poco digna de un héroe.

Supo por sus exploradores y espías que no muy léjos celebraban los marsos una de sus grandes fiestas religiosas nocturnas, tal el solsticio de verano, con sus abundantes libaciones y regocijos de costumbre. Muy léjos de creer los marsos á su enemigo tan cerca, habian omitido apostar centinelas, y celebraban su fiesta sagrada con la mayor tranquilidad, unos comiendo y bebiendo, otros ya soñolientos ó bien durmiendo en las aldeas del contorno. A fin de sorprenderlos mejor, eligió el general romano de los dos caminos que conducian á su país el mas largo y el mas difícil, camino que los romanos no habian pisado nunca hasta entonces. Su legado Cecina con tropas ligeras abrió la marcha quitando obstáculos, y las legiones le siguieron favorecidas por la noche estrellada hasta que llegaron al sitio de la fiesta sin haber sido vistas ni oidas. Allí dividió Germánico su tropa sedienta de venganza, en cuatro secciones «para extender mas la desolacion» y las lanzó sobre los descuidados marsos. Logró su deseo; en un circuito de cincuenta millas romanas, 72 kilómetros, no quedó un sér humano con vida;

mujeres, niños, ancianos, fueron degollados; los sembrados, las viviendas, lo profano y lo sagrado todo fué destruido y arrasado; el fuego y el hacha no dejaron nada en pié; ni el templo mas célebre de aquellas tribus dedicado á la diosa Tanfana ó Tamfana, tal vez la diosa del hogar, fué perdonado. Tácito al referirlo, se felicita lleno de júbilo de que en esta matanza de dormidos, indefensos y fugitivos no tuvieran las tropas ni un solo herido.

Este sangriento drama, en lugar de aterrorizar á los vecinos de los desgraciados marsos, no hizo mas que excitar su ira. Brúcteros, tubantes y usipios acudieron en grandes masas y ocuparon el camino por donde tenian que pasar los romanos á su regreso. Germánico al saberlo dispuso su ejército para la marcha y la defensa, enviando delante caballeria y algunas tropas auxiliares, en seguida la primera legion y los bagajes, defendidos á la izquierda por la legion vigésima primera, y á la derecha por la quinta, y formando la retaguardia la legion vigésima con el resto de las auxiliares. Dejaronlos marchar los germanos sin inquietarlos; pero cuando el ejército iba á salir de la espesura al campo abierto, atacaron débilmente el frente y los flancos, y con todas sus fuerzas la retaguardia. Las cohortes ligeras de las tropas auxiliares empezaron á arremolinarse al ser embestidas por los germanos, formados en espesa cuña; pero en tan crítico momento se presentó el general montado en un brioso caballo y gritó con toda su voz á los hombres de la legion vigésima: «que habia llegado la hora de borrar la mancha de su motin, y de cambiar el delito en honra.» Al oír esto arrojáronse entusiasmados los legionarios sobre el enemigo, y rompiendo sus masas le empujaron á un claro donde acabaron con él, mientras que la cabeza del ejército salió á campo abierto donde al momento se fortificó. Desde aquel dia ya no fué molestado Germánico y condujo sus tropas llenas de entusiasmo á sus cuarteles de invierno.

Al año siguiente, 15 de nuestra era, sorprendió otra vez á los bárbaros que no creian verse atacados tan temprano, es decir, á principios de la primavera; y gracias á esta actividad y á su pericia logró el general esta vez tambien otra victoria sangrienta. El motivo que le indujo á renovar tan pronto las hostilidades fué la esperanza muy fundada de sorprender á los germanos, y sobre todo al grupo principal entre los que entonces hacian la guerra á Roma, los cheruscos, en una de sus hondas disensiones interiores. La causa principal de esta disension era Segesto, que habiendo seguido el movimiento del año 9 solo por fuerza, habia quedado en su interior amigo adicto á la causa romana. Esta diferencia de opiniones habia engendrado un odio mortal entre él y Arminio, de quien era suegro por fuerza, porque Arminio le habia robado su hija Tunselda, prometida ya á otro. Este rapto habia ocasionado una guerra entre ambos caudillos, en la cual Segesto habia logrado apoderarse de su hija y se veia á la sazón muy apretado por su yerno. Tales fueron las circunstancias que quiso aprovechar Germánico, poniendo en movimiento todo el ejército del Rhin. Confió á su legado Cecina el mando de las cuatro legiones del Bajo Rhin y de 5,000 hombres de tropas auxiliares y germanos mercenarios del lado izquierdo del rio, con los cuales le dió orden de dirigirse á Aliso, restablecer las fortificaciones destruidas y establecerse en la plaza. Germánico por su parte pasó el Rhin junto á Maguncia con las cuatro legiones del Alto Rhin y doble número de tropas auxiliares. Construyó mas arriba de las ruinas de la atalaya levantada por su padre en el Tannus, que quizá era la fortaleza de Saalburg, un castillo, donde dejó á Lucio Apronio para cubrir á sus espaldas las comunicaciones terrestres y fluviales. Habia encontrado vadeables los rios á causa de lo cálido de la primavera, calor

excepcional en aquel país de bosques pantanosos; pero su prevision le hacia temer que á su regreso en el otoño habia de encontrar los rios considerablemente mas caudalosos por las lluvias torrenciales del verano.

Esta vez dirigió su ataque contra los catos á quienes logró sorprender tan completamente, que solo los hombres, y á duras penas, pudieron alcanzar á nado la orilla izquierda del Eder (Adrana) abandonando á los viejos, mujeres y niños que fueron llevados por los romanos como esclavos y en parte degollados.

En seguida los romanos echaron un puente sobre el rio;

trabajo que los catos trataron de impedir desde la otra orilla, pero las máquinas balísticas y los arqueros romanos los dispersaron, y la tropa pasó el rio. Entonces huyeron los habitantes á los bosques, abandonando á los invasores sus campos sembrados y sus aldeas. Algunos, aunque pocos, se pasaron á los romanos. El pueblo principal de los catos, Maden (Mattium), fué arrasado lo mismo que los sembrados, y en seguida ordenó Germánico la retirada, llegando con todo su ejército al Rhin, sin ser molestado como la otra vez.

De buena gana habrian auxiliado los cheruscos á sus alia-



Grupo de mujeres germánicas prisioneras sacado de los relieves de la columna de Marco Aurelio

dos los catos, pero Cecina los tenia ocupados con demostraciones en sus fronteras amenazando invadir el país ya por un lado, ya por otro, no dejándoles ningun reposo y rechazando de paso con brillante éxito á los marsos que le atacaron; de modo que los cheruscos no podian distraer sus fuerzas.

Durante su regreso en direccion á Bonn, presentáronse á Germánico mensajeros de Segesto solicitando su auxilio, como amigo de Roma, contra Arminio, que con gran parte del pueblo á su favor, como defensor de la libertad y partidario de la guerra, tenia sitiado á su suegro (evidentemente para libertar á la hija de este, su esposa), en su castillo fortificado situado entre el rio Weser y la orilla izquierda del Diemel. Con la embajada iba el hijo de Segesto, Segimundo, para ver si se le perdonaba el castigo que tenia merecido por su traicion en la época de la batalla de Teutoburgo.

Germánico le perdonó mandándole bien escoltado al otro lado del Rhin, y juzgó conveniente volver atrás para socorrer al amigo de su nacion tan estrechamente sitiado. Los sitiadores debieron ser bastante fuertes para hacer resistencia, porque fué menester servirse de las armas para libertar á Segesto con gran número de parientes, allegados y parciales. Entre las mujeres principales que estaban en el castillo se encontraba Tunselda, la cual participaba de las ideas de su marido y no de las de su padre, y soportó su suerte sin

rebajarse á súplicas, sin lágrimas, con los brazos cruzados sobre su seno, en el cual llevaba el hijo del libertador de su país. Los romanos hallaron y recuperaron tambien allí trofeos arrancados á las legiones de Varo, y que habian caido en suerte como su parte correspondiente en el botin á los que á la sazón se habian puesto bajo la proteccion romana. Segesto, hombre de formas atléticas, no mostró ningun temor por su participacion en el levantamiento del año 9; bien al contrario, jactóse de haber aconsejado constantemente á sus compatriotas, desde que Augusto le concedió el título de ciudadano romano, la alianza y union con Roma, y esto no por traicion sino por conviccion, diciendo que habia mirado siempre á los amigos y enemigos del imperio como si lo fuesen suyos tambien; que la noche antes de abandonar Varo el campamento le habia advertido por última vez, aunque en vano, el peligro que le amenazaba; que posteriormente habia hecho la guerra con varia fortuna á Arminio, el raptor de su hija; que se habia presentado á los romanos á la primera ocasion favorable para justificarse de su desercion forzada y pasajera, y que entonces le tenian á su disposicion si querian utilizar sus servicios como el mediador mas á propósito con sus compatriotas, si los romanos se contentaran con su arrepentimiento y no le imponian castigo. Respecto de su hijo disculpó su delito de desercion con su juventud, y en cuanto á su hija Tunselda dijo que no podia negar que se encontraba allí contra su voluntad, por cuya

razon dejaba á Germánico libre de decidir si debia perdonarla como hija ú odiarla como esposa de Arminio.

El noble miembro de la familia cesárea contestó con cariño eximiendo á los hijos y allegados de Segesto de toda responsabilidad y castigo, y les indicó como residencia la Provincia antigua (la Narbonense, por vetere (no vetera) *in provincia*).

De regreso con sus tropas á la Galia recibió de Tiberio el título honorífico de *imperator*.

Tunselda tuvo un hijo que recibió el nombre de Tumélico que fué educado en Rávena donde su mala estrella la destinó á un papel ridiculo (*quo mox ludibrio conflictatus sit*) dice Tácito prometiendo explicarlo en otra parte; pero en los escritos que se han conservado del eminente historiador nada se encuentra de esto. Quizá sirvió aquel infeliz de bufon en los convites.

Todo lo que se dice de estatuas antiguas representando á Arminio, Tunselda y Tumélico es completamente infundado.

La sumision y excelente recepcion de Segesto impresionó vivamente á los germanos, animando á los que eran amigos y partidarios ó que estaban en paz con el imperio, é irritando al partido de la guerra. Arminio, lleno de rabia por la pérdida de su esposa y la esclavitud de su hijo en el seno de su madre, recorrió volando (*volitabat*) todas las comarcas de los cheruscos para excitarlos á la guerra contra Segesto y el César con expresiones como las siguientes: «¿Qué padre tan excelente, qué *imperator* tan grande, qué ejército tan valiente son los que se han reunido para llevarse una débil mujer!» Exclamaba que él habia destruido tres legiones con otros tantos legados; que no habia desertado á las filas enemigas ni peleado con mujeres embarazadas sino frente á frente con hombres armados; que aun podian verse colgadas en los sotos sagrados de los dioses patrios las enseñas romanas conquistadas; que los germanos no deberian perdonar la vergüenza y humillacion de haber visto en el país entre el Elba y el Rhin los manojos de ramas para azotar y las hachas con que se les habia castigado, ni las togas romanas cubriendo mandatarios y jueces extranjeros; que habia pueblos que nunca habian visto el dominio romano con sus fallos, sentencias, castigos y tribunales, pero que ellos lo habian tenido y sacudido felizmente, y los que habian dado tan buenos escarmientos á Augusto elevado á divinidad, y al eminente Tiberio, no debian temer á un general imberbe mandando un ejército de amotinados; y si preferian la patria, sus mayores y las costumbres antiguas al dominio nuevo de los romanos y á sus colonias, debian seguirle á él hácia la libertad y la gloria en vez de seguir á Segesto á vergonzosa esclavitud.

De este modo logró Arminio unir á su partido no solamente el pueblo de los cheruscos sino tambien á los pueblos inmediatos, y tambien á su tio Inguiomero, que gozaba hasta entre los mismos romanos de tan gran consideracion que su desercion al partido nacional inspiró al general serios cuidados para la campaña del año próximo, campaña que á juzgar por estas pruebas del ningun resultado duradero obtenido hasta entonces, parecia inevitable.

Por otra parte tampoco entraba en los planes de Germánico renunciar á la realizacion del soberbio proyecto de su padre que consideraba como un legado suyo, es decir, el de someter toda la Germania hasta el Elba, en vez de contentarse con una mera guerra de venganza para borrar con sangre la mancha de la derrota de Varo, como quizá entonces ya meditaba el emperador, pues que mas tarde lo dispuso así definitivamente.

Para evitar que el enemigo le atacara con las fuerzas de

todos los aliados reunidos, dividirlos y derrotar á cada pueblo aisladamente, envió Germánico en la primavera del año 15 á Cecina desde Vétera con 40 cohortes y la órden de atravesar el país de los brúcteros y colocarse junto al rio Ems; á Cayo Pedon Albinovano con un número de escuadrones de caballería para recorrer las comarcas del Sudeste de los frisonos; mientras él, siguiendo el plan de su padre, el eminente Druso, y aprovechando las obras construidas por este, se embarcó con cuatro legiones, pasando del Rhin al mar, y se reunió en un punto fijado de antemano en la parte media del rio Ems con las divisiones de Cecina y Albinovano que llegaron al sitio de la cita (quizá cerca de Rheina) en tiempo oportuno como se habia calculado, reuniéndose allí un total de 80,000 combatientes de á pié y á caballo. Los caucos habian aprontado tambien contingentes á fin de ser tratados como pueblo amigo, pero los brúcteros se retiraron delante del ejército invasor quemando sus aldeas, caseríos y sembrados á fin de dificultar la ocupacion del país, y buscaron refugio hácia las selvas. Lucio Estertino, enviado para sorprenderlos por el general en jefe con caballería ligera, llegó á tiempo de conseguirlo: sus soldados hicieron gran matanza entre los brúcteros y el botin consiguiente, en el cual recuperaron con gran alegría de todos el águila de la legion décimanona que formaba parte del ejército de Varo. Hecho esto, atravesó la division seguida del ejército principal todo el territorio de los brúcteros desde el Ems hasta el Lippe; y desde allí, tal vez por el desfiladero de Bielefeld al través de los montes de Teutoburgo y el Osning, llegaron al país ó distrito de Herford, donde, hallándose inmediato al lugar del desastre de Varo, cubierto todavia de los restos de los legionarios que nadie se habia cuidado de enterrar, determinó Germánico visitarlo. Grandisima fué la tristeza que se apoderó de todo el ejército al ver el melancólico espectáculo que se le ofreció en el sitio de la desgracia; muchos lloraron á amigos y parientes que allí alevosamente habian sucumbido y todos en general quedaron profundamente conmovidos al meditar involuntariamente sobre la suerte del soldado y de la humanidad entera.

El emperador Tiberio desaprobó despues esta visita al campo de batalla, diciendo que su aspecto lúgubre podia dejar un fatal recuerdo; que los innumerables esqueletos que lo cubrian podian fácilmente descorazonar al ejército, siendo además mal augurio empezar una campaña enterrando muertos; pero es de creer que Germánico pensara con esta visita demostrar á los germanos que su alevosa fechoria no les habia servido en definitiva de nada, y que aquella catástrofe no era bastante para cortar el vuelo del águila romana ni retraerla de recorrer aquellas tétricas selvas.

Cecina fué enviado delante para explorar y despejar el camino, evitar emboscadas, echar puentes y construir carretera al través de pantanos y terrenos turbosos. Así llegó todo el ejército sin contratiempo alguno al sitio memorable del desastre. Los soldados que habian podido salvarse de aquella matanza ó fugarse despues de la esclavitud, enseñaron los puntos donde habian muerto los legados; donde fué herido Varo y donde se habia dado muerte; donde los bárbaros se apoderaron de las águilas; donde despues de la victoria Arminio arengó á los germanos como vencedor y juez; donde habia insultado las enseñas romanas; cuantas horcas y donde se erigieron y cuantas fosas se habian abierto para los muertos.

Así fué como las tres legiones recibieron sepultura seis años despues de haber sucumbido; nadie se cuidó de si los esqueletos que iban recogiendo eran de amigos, parientes ó enemigos; todos fueron enterrados sin distincion por los legionarios de Germánico que como general y jefe del duelo